

## Comentarios y debates

### **Comentarios a un texto de Francisco Rivas Castro: “Cartografía antigua y sitios arqueológicos en la región de Reyes Metzontla, sureste de Puebla”**

*Blas Román Castellón Huerta\**

Con el promisorio título de “Cartografía antigua y sitios arqueológicos en la región de Reyes Metzontla, sureste de Puebla”, publicado en el número 29 de esta revista, el arqueólogo Francisco Rivas ha presentado una serie de datos alusivos, que me parece pertinente comentar. Mi interés por este tema deriva principalmente de mi trabajo arqueológico, etnográfico e histórico por varios años en la región de Zapotitlán Salinas, Puebla. También proviene de haber proporcionado algunos datos a solicitud del autor, pero como no tuve acceso al escrito original de su artículo, aprovecho este espacio para expresar mi opinión sobre el ensayo mencionado.

El tema es relevante, tratándose de una región hasta ahora poco atendida por los historiadores y arqueólogos. Recientemente, se han publicado en *Arqueología* otros trabajos de este corte, para la cercana zona de Tehuacán, que comentan la cartografía histórica en relación con datos arqueológicos conocidos (Castillo, 2002; Cravioto, 2002). Creo que la identificación y empleo de mapas y lienzos coloniales con fines arqueológicos e históricos debe entenderse como una actividad constante de archivo y trabajo de campo hacia problemas comunes. Esto requiere de

una circulación de datos que sirvan tanto para plantear problemas arqueológicos, como para verificar sobre el terreno los datos escritos. Sin embargo, cabe señalar que esta deseable retroalimentación muy pocas veces ocurre. Se ha observado antes que el libre tránsito entre la arqueología y la etnohistoria se entorpece por el empleo de unidades culturales distintas, así como técnicas diferentes, que complican el posible diálogo (Nalda, 1996). Este mismo autor apunta que los arqueólogos que emplean fuentes escritas y pictografías, tienden casi siempre a lugares comunes como la confirmación de la existencia o ubicación de sitios, pero rara vez abordan problemas de demografía, migraciones, o historia económica regional, pues en realidad no confían en los datos escritos, y además porque los arqueólogos buscan casi siempre completar trabajos de tipo monográfico.

Me parece que el artículo presente es diagnóstico de esta tendencia de los arqueólogos a tomar únicamente los datos que consideran pertinentes, y dejar “para un futuro” el planteamiento de problemas sobre desarrollo y estructura social de las sociedades de su interés. En general, el texto está presentado en tres segmentos distinguibles: a) comentario de mapas y lienzos del siglo XVI relacionados con la región; b) presentación de algunos datos históricos y et-

\* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.  
blasca@servidor.unam.mx

nográficos sobre Metzontla y su entorno; c) transcripción y comentario de un documento y mapa del siglo XVIII. La temática involucrada en cada apartado es muy amplia, de modo que sólo se consideran algunos aspectos generales, y se pasa a los demás temas en una abigarrada colección de datos que al parecer no intentan abordar o despejar algún problema específico.

A pesar de las buenas intenciones del autor, quien aparentemente hace un esfuerzo por caracterizar la cartografía y arqueología de la zona cercana al actual pueblo de Los Reyes Metzontla, y de orientar al lector interesado sobre este tema, creo que el objetivo no se logra debido a que el texto adolece de precisión, con documentación deficiente, graves inexactitudes en referencias, además del frecuente desaliño en su presentación. Para ilustrar estas afirmaciones, haré una breve reseña crítica en el mismo orden de exposición del texto referido.

De entrada, hay que apuntar que los dos párrafos iniciales donde el autor se refiere al carácter metafórico de la representación de un mapa, están tomados de manera casi literal de un texto del antropólogo británico Edmund Leach (1978: 67-69), autor que sin embargo no es mencionado en parte alguna de este artículo.

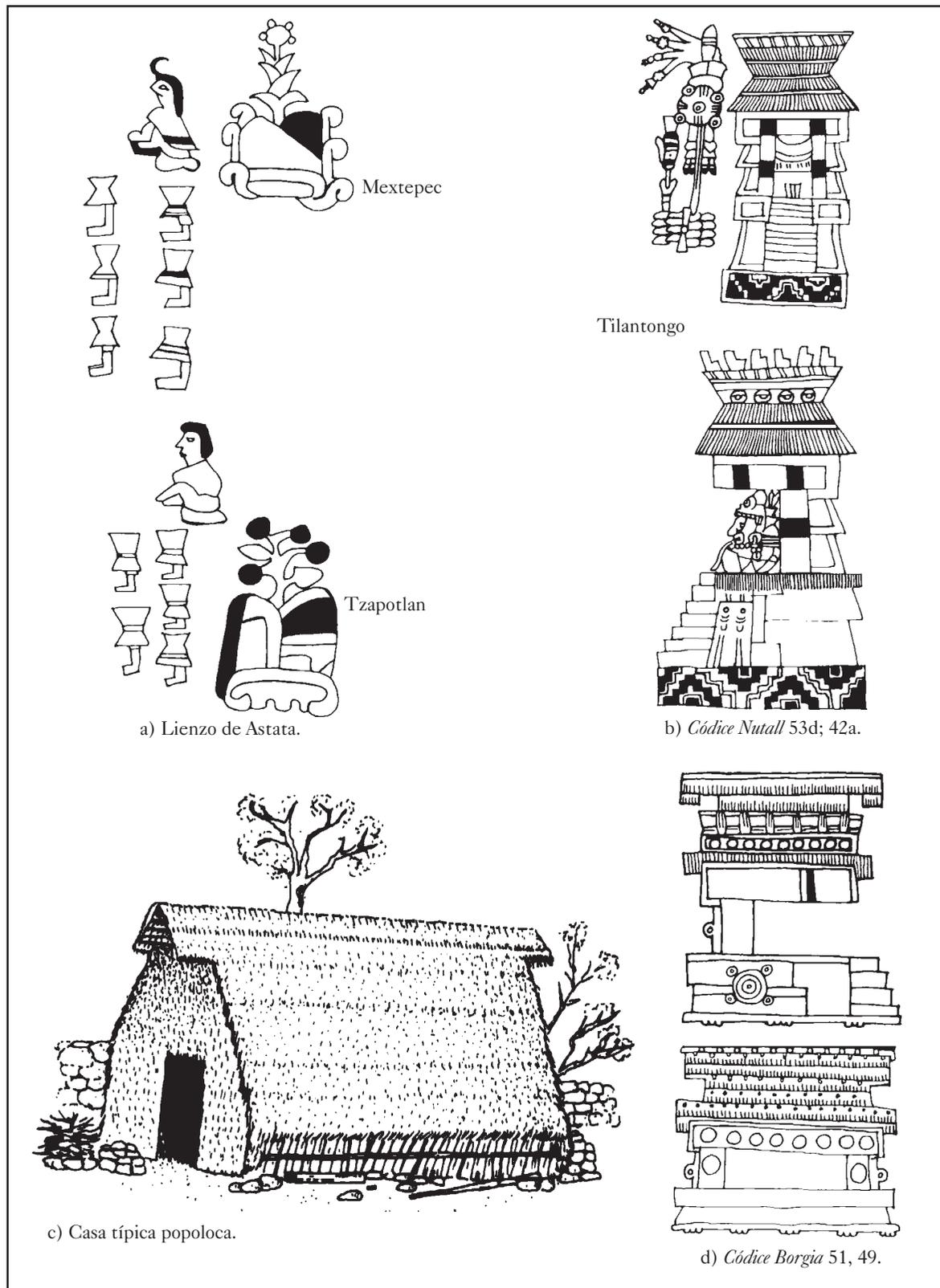
Más adelante pasa a la posible identificación de algunos glifos toponímicos en lienzos del siglo XVI. Aquí comienzan los problemas de método y exposición, pues en realidad sus propuestas no están sustentadas, y son simples supuestos sin argumento claro, pese a que dice utilizar la “cartografía histórico cultural, confrontada con datos arqueológicos, lingüísticos y etnográficos” (p. 142). Tal es el caso de su lectura de Metzontla y Zapotitlán en el *Lienzo de Astata*, pues para afirmar que dos cerros ahí representados corresponden a esos poblados entre Oaxaca y Puebla, debe hacerse antes un análisis del contexto geográfico en que se presentan. Sin embargo, el autor no explica por qué sería errónea la identificación de este lienzo con la zona de Tehuantepec, en Oaxaca (Güemes, 1996: 315-16). Esta última propuesta tiene por tanto mayor peso que la de Rivas, en tanto no se identifique el

contexto histórico-geográfico de este documento. Por otra parte, estudios arqueológicos recientes confirman que la ubicación geográfica de este lienzo, también conocido como “*Lienzo de Teccislán y Tequatepec*”, corresponden a la zona costera de la Chontalpa, en la cuenca del río Huamelula, al sur de Oaxaca, donde existieron las poblaciones de *Icapotitla* (Zapotitlán) y *Mextepepec* (posiblemente Santa María Mecaltepec) (Kroefges, 1998 y comunicación personal). Parece entonces claro que nada tiene que ver esta zona con la Mixteca Alta o Baja entre Oaxaca y Puebla.

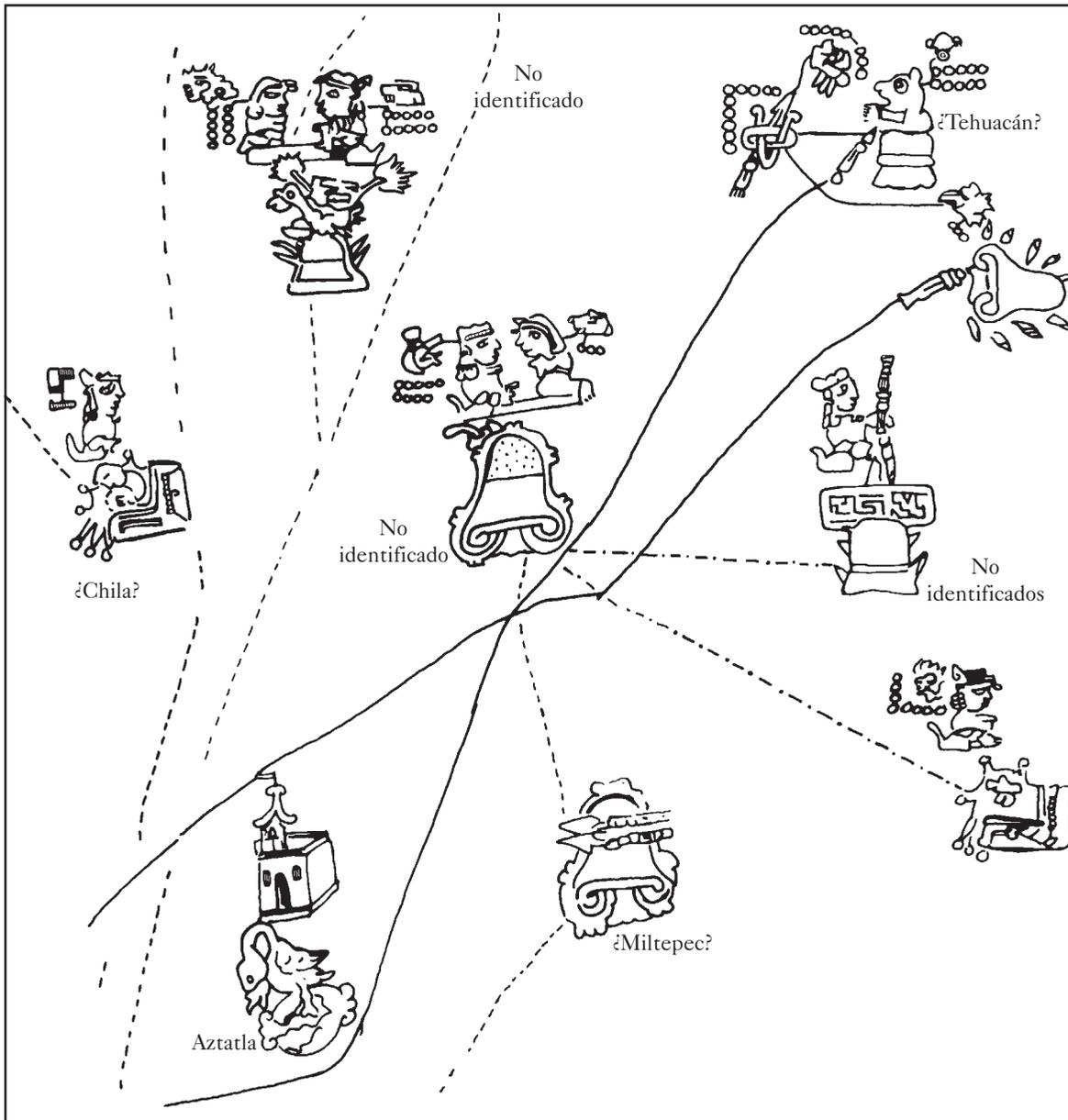
Además, en la nota 2, cita en su apoyo, y de manera confusa, un texto de Nicholas Johnson (1994), como si este autor afirmara que los topónimos del *Lienzo de Astata*, se refieren a la misma Aztatla, cercana a Coixtlahuaca, representada en el *Lienzo de Tlapiltepec* y el *Lienzo Vischer 1*, lo cual es incorrecto, pues en ese ensayo Johnson nunca se refiere al *Lienzo de Astata*.

La única evidencia que Rivas menciona en apoyo de su identificación, es la representación de “templos con techos de paja y con el copete recortado característicos de las construcciones popolocas” (p. 143), casi imposibles de observar en la ilustración que presenta. Cuestión de imaginación, pues los edificios mostrados frente a esos topónimos presentan, en perfil, techos de paja de cuatro vertientes que se encuentran representados en muchos códices pictográficos y murales de la época Posclásica, pero de ninguna manera tienen la “oreja” popoloca (*eared roof*), elemento típico que se observa aún en construcciones actuales, y en el *Códice Borgia* (fig. 1). Este detalle constructivo es parte del sistema de circulación de aire en los techos de paja, y aún existe en San Juan Raya y varios pueblos cercanos a Zapotitlán (Chadwick y MacNeish, 1967; Jäcklein, 1974: 84-97).

Lo mismo ocurre con su insistente identificación de Cutha, y Zapotitlán en el *Lienzo de Tlapiltepec* (fig. 2). En otro lugar, Rivas (1998) ha señalado que en la parte norte de este lienzo hay un glifo que podría representar al antiguo sitio



● Fig. 1. Distintas techumbres de paja: a) techos con cuatro vertientes, vista lateral; b) techos de cuatro vertientes vista frontal y lateral; c) techo con "oreja popoloca"; d) techos con "oreja popoloca" vistas lateral y frontal.



● Fig. 2. *Lienzo de Tlapiltepec*. Fragmento que muestra el área al norte de Aztatla, Oaxaca, en la actual zona sur de Puebla.

de Cutha (el cerro de la máscara) ubicado cerca de Zapotitlán Salinas. Sin embargo, esto implica problemas insalvables, ya que el topónimo no representa una máscara, sino la parte baja de un rostro con la lengua saliente, así como un cerro con la punta salpicada por puntos. En opinión de Nicholas Johnson, estos puntos podrían representar parte del verdadero nombre del lugar, y el rostro con la lengua no parece ser una máscara, por una razón: no tiene ojos.

Además, la lengua parece ser el elemento importante en el nombre de la población, cuya identificación es aún incierta (Johnson, comunicación personal). Este mismo autor ha indicado anteriormente otro punto importante: Cutha tiene su periodo de auge en el Postclásico temprano y no concuerda con la cronología de las comunidades representadas en los manuscritos del grupo de Coixtlahuaca, al cual pertenece el *Lienzo de Tlapiltepec*, que se ubican durante el

Posclásico tardío, por consecuencia no puede ser contemporáneo de los pueblos representados en este lienzo (Johnson, 1997: 264). Mi conocimiento arqueológico de Cutha me permite apoyar esta afirmación, pues considero que el desarrollo importante de este sitio ocurrió entre 600 a 900 d.C., y posteriormente otros sitios asentados en el valle sustituyeron en importancia política a esta antigua ciudadela.

La identificación del glifo de Zapotitlán en este mismo lienzo es aún más improbable, pues esta población y Cutha no pudieron tener la misma jerarquía de manera coetánea, y se puede observar claramente que el topónimo señalado por Rivas tiene como elemento importante un ave con pico grueso, posiblemente dentro de un templo, espadañas o puntas en el cerro, y sólo dos ramas de un árbol en la parte superior, que difícilmente tendrían relación lingüística con Zapotitlán. En ambos casos los topónimos van unidos a parejas de linaje y están conectados por líneas de distintos colores que de acuerdo con Johnson (1994) indican relaciones genealógicas. Es claro que aún persiste el problema de identificación de topónimos de la región de Zapotitlán que se traduce en náhuatl como “lugar donde abundan los zapotes”; es posible, como ocurre con frecuencia, que el término original de este lugar en idioma popoloca, tuviera un sentido distinto al conocido actualmente.

Hay que señalar que la región de Metzontla, es la misma de Zapotitlán, a cuya esfera política y territorial pertenece, posiblemente desde la época de Cutha. Rivas propone que el nombre náhuatl de Metzontla significa “donde abundan los *metzontetes*”, pencas de maguey secas empleadas como combustible especial para cerámica y como techo para casas. Debo suponer que se apoya en datos de campo, pero etnográficamente se ha documentado que para cocer la cerámica se empleaban combustibles de distintas calidades: madera, vara, y órgano “*metzonte*”, este último es leña gruesa de órgano seco y poco peso que resulta ideal para la capa externa cuando se cuece la cerámica. La leña más maciza y pesada se coloca al interior (De la Lama y

Reynoso, s.f.: 27-31). La gente de la región le llama órgano al “*tetecho*” (*Neobuxbaumia tetetzo*), un cactus columnar abundante en esta zona.

En una opinión distinta, se afirma que el significado de Metzontla es “lugar de mucho maguey viejo”, de *metzollin*: maguey viejo, y *tla*: abundancia (Veerman-Leichsenring, 1991: 13). Esta última autora consigna que los popolocas de Metzontla reconocen al menos ocho variedades de maguey (*kàçù*), y que ellos se llaman a sí mismos con el término *ngíwà*: popolocas. Acerca del nombre del cerro Metzontla, antiguo asentamiento prehispánico, Rivas aporta un interesante dato que designa a este cerro como *Nandayo*, según él: “cerro o madre del maguey y el quiote”. Aquí cabe anotar que los popolocas de Metzontla llaman a este cerro con el término *Na'ndáyû*, de *na*: cerro, y *ndáyû*: puntiagudo (Veerman-Leichsenring, 1991: 466). Parece más probable que esté relacionado con la forma del cerro, pero es también posible que el elemento *quiote* (la inflorescencia del maguey) esté presente.

Cutha seguramente era de habla popoloca, y posiblemente anterior a la separación de este idioma y del chocho, pero la región de Zapotitlán durante el siglo XVI, tenía población de habla popoloca, náhuatl, y mixteco. Para ilustrar esto, elaboré a partir de una fuente del siglo XVI, la tabla que, sin mencionar los créditos debidos, reproduce Rivas Castro en la página 146. Esta tabla fue extraída de mi tesis doctoral (Castellón, 2000: 62) con una grave omisión:

El número 3 debe leerse: Chiazumba (sujeto a Tequixtepec), 60 tributarios, idioma mixteco, a ½ legua de Huapanapan.

El número 4 debe leerse: San Francisco Huapanapan, 230 tributarios, idioma mixteco, a 1 ½ leguas de San Pedro Chiazumba.

El número 5 debe leerse: San Pedro Chiazumba (Atzumba), 140 tributarios, idioma mixteco, a 1 ½ leguas de Huapanapan y ½ legua de Acatitimoapa.

Esta última entrada se omitió, y no se presentan los totales de población que son 2 052 tributarios, posiblemente cabezas de familia, a finales del siglo XVI.

Pero los problemas más evidentes de este ensayo se presentan en sus comentarios del documento sobre un conflicto de tierras a mediados del siglo XVIII que incluye un mapa del área en litigio (Rubio Mañé, 1993). Estos problemas se derivan de un pobre conocimiento del terreno en que se ubica el mapa en cuestión, así como de la falta de estudio sobre el contexto político e histórico del documento citado.

Es falso, como se afirma aquí, que “los parajes y mojoneras descritos coinciden con las del siglo XVI”, error que se repite en la página 151: “Este documento es un expediente del Ramo Tierras, que se hizo precisamente para delimitar los linderos del señorío de Zapotitlán Salinas, actual cabecera municipal”. En realidad, el documento citado y el mapa anexo, representan un caso más complejo que gira en torno a un conflicto por la posesión de una estancia para pastar ganado menor, que quedaba en medio de las tierras del cacique de Zapotitlán, Joseph Pacheco, a mediados del siglo XVIII, y las mojoneras del mapa anexo se refieren a los límites de esa estancia, no a los límites del “señorío de Zapotitlán”. Lo anterior se puede constatar fácilmente si se observa que el pueblo de Zapotitlán queda fuera de los límites del mapa que Rivas reproduce en la figura 4.

El documento que Rivas expone sólo en parte, es sin duda una rica fuente para conocer la geografía histórica de la región de Zapotitlán, sus recursos naturales, la genealogía de los caciques, y los problemas políticos de siglos anteriores. Como este documento merece un estudio más amplio, aquí sólo haré una rápida sinopsis del mismo, y después haré algunos apuntes en relación al artículo comentado.

En 1738, Joseph Pacheco, cacique de Zapotitlán, presentó una petición ante la audiencia de

la Nueva España, para reclamar como suyas las tierras que el presbítero Francisco Javier de Vega y Corral, vecino de Puebla, había adquirido, al parecer indebidamente, de manos de Joseph Tenorio, este último vecino del “paraje” de Los Reyes. Estas tierras habían sido rentadas durante más de 20 años a varias personas que reconocían a Joseph Pacheco como legítimo poseedor de las tierras. El asunto no carecía de interés, pues al interior de estos terrenos también había huertos de árboles frutales, salinas, tierras de labor y sobre todo minas, que había descubierto Joseph Tenorio. Con el fin de reconocer la extensión de estos terrenos y determinar a su legítimo propietario, se citaron testigos y se nombró a Maximiliano Gómez Daza, vecino de Acatzingo, como agrimensor.

La diligencia se llevó a cabo el 10 de julio de 1738, con un total de nueve vértices o mojoneras reconocidas. Los trámites del litigio se prolongaron más allá de la muerte de Joseph Pacheco y demás implicados, y sólo se resolvieron 82 años más tarde, hasta 1820, cuando se reconoció a Pacheco y a sus herederos como verdaderos dueños de estas tierras. De este mismo documento, se desprende que el cacique Pacheco también tenía litigios con los indios del común del pueblo de San Martín Zapotitlán quienes igualmente reclamaban para sí, buena parte de las tierras de su cacicazgo, especialmente las que quedaban al norte del área en litigio. El pueblo de Los Reyes está representado dentro de los límites del mapa, pero no era conocido como Metzontla, nombre que se reservaba al cerro que sirvió de mojonera. Muchos otros aspectos derivados de este documento, incluyendo la ubicación precisa de las mojoneras del mapa, su arqueología, y la ubicación del desaparecido pueblo de San Miguel, serán tratados con detalle en otro espacio (Castellón, 2004).

Si el autor tuviese un conocimiento más adecuado del terreno, podría identificar fácilmente los puntos mencionados en un mapa actual. También hubiese notado que el vértice “I” del mapa, conocido como *Corral de Piedras*, no es un

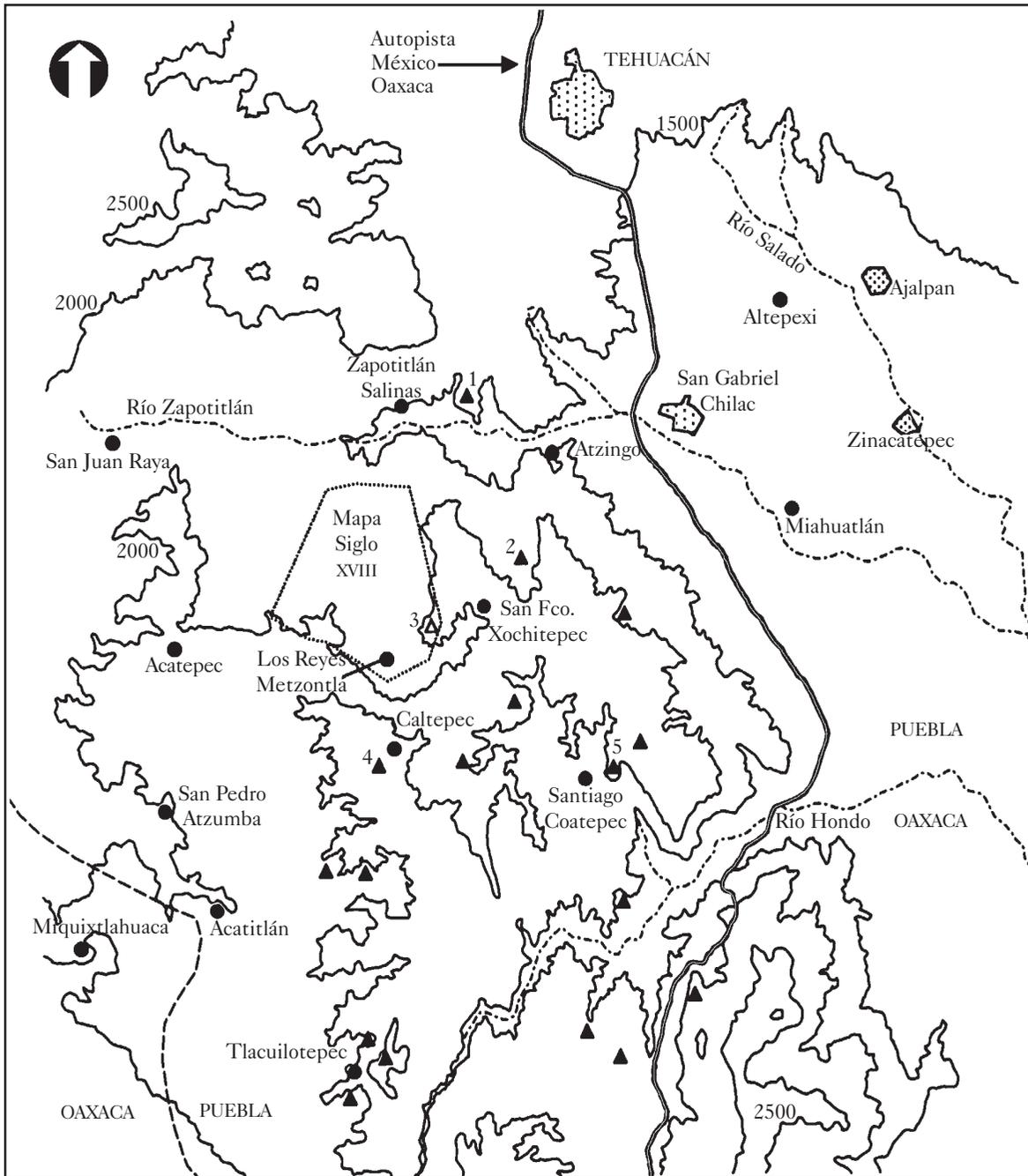
sitio arqueológico, como supone en la nota 6, sino un afloramiento circular de rocas calizas, de más de 300 m de extensión en la falda suroeste del Cerro Grande, y sobre una pendiente de más de 45°. Este lugar está frente al antiguo camino entre Zapotitlán y Los Reyes, y siempre ha servido de referencia topográfica en la región. En la figura 4, se reproduce el mapa de Gómez Daza, indicando que se trata de un plano del siglo XVI, lo cual es un error manifiesto.

Precisamente, son los aspectos arqueológicos de esta cartografía comentada los que están escasamente representados en el artículo de Rivas. El sitio de Metzontla, por ejemplo, tiene múltiples terrazas habitacionales y un pequeño centro ceremonial en su cúspide, con una posible cancha de juego de pelota. Pertenece a la fase Venta Salada temprana (700 a 1150 d.C.), y su arquitectura es semejante a la observada en Cutha, con restos de columnas, clavos arquitectónicos, y tumbas ya saqueadas en forma de cista. Por supuesto, no es contemporáneo de la actual población posclásica y colonial de Los Reyes. La arqueología de la región popoloca es muy extensa y poco conocida. El sitio de Metzontla es sólo uno de muchos asentamientos que proliferaron entre el sur de Puebla y noroeste de Oaxaca en los inicios del periodo Posclásico. El biólogo Carl Purpus (1926), dio breve noticia de 17 sitios que se extienden desde Cutha, al norte, hasta la zona del río Hondo en los límites con Oaxaca, al sur, pero debe haber muchos más. Muchos de estos sitios están en la parte alta de cerros, y parecen resguardar rutas bien establecidas entre la Mixteca Alta y Baja como sugiere Johnson (1997). Tal es el caso de los cerros de Rinconada y Coatepec, descritos por este autor, pero también está el cerro La Yerba, o sitio Tr 334, descrito por MacNeish (1972: 454), recientemente documentado por mis trabajos como Z87, así como otros cercanos a la zona de Acatepec, que parecen haber tenido como destino a Cutha en la parte norte. El mayor problema que aún persiste es la temporalidad de estos sitios, ya que por la falta de estudios arqueológicos, la gran mayoría no están descritos.

La zona indicada en el mapa de Gómez Daza cubre un área aproximada de 75 km<sup>2</sup> y es parte de la cuenca del río y valle de Zapotitlán donde he realizado mi trabajo arqueológico en los últimos años. Dentro de los límites de ese mapa, he localizado hasta ahora más de 20 asentamientos arqueológicos de distintos periodos y extensión. Destaca la presencia de grupos de casas del periodo Posclásico en los alrededores del área, pero su parte central, donde hay dos grandes lomas de más de 7 km de extensión que corren hacia el norte, existen muy pocos vestigios antiguos. Esto indicaría que desde la época prehispánica tardía, estas tierras eran empleadas para actividades de extracción (salinas, canteras, leña, caza, etcétera), y en la época posterior a la Conquista continuaron siendo empleadas para las mismas actividades, así como para el pastoreo y matanza de chivos. El descubrimiento a inicios del siglo XVIII, de minas de plata y manganeso dentro de estos terrenos, avivó sin duda los conflictos por la posesión de estos parajes.

El mapa que presenta Rivas en la figura 3 es prácticamente ilegible, y no tiene que ver con la “frontera popoloca”, como reza el pie de ilustración. La población de Miahuatepec ahí indicada, no existe, y el cerro del mismo nombre está mal situado. No se aprecian en el mismo la ubicación de los sitios arqueológicos mencionados, y están ausentes la mayoría de los sitios antiguos conocidos. Para ilustrar mejor esta situación, presento aquí un nuevo mapa con la ubicación de los sitios y elementos anteriormente comentados (fig. 3).

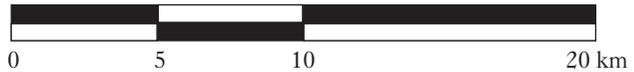
Es verdad como dice Rivas, que “debemos plantear proyectos de carácter interdisciplinario para estudiar a detalle la historia antigua de la región” (p. 151). Al principio me referí a los problemas de comunicación entre la arqueología y las fuentes escritas, pues los arqueólogos llevan a cabo estudios de campo empleando registros de sitios y artefactos asociados, y usando unidades de tiempo y espacio que son ajenas al lenguaje del etnohistoriador, más familiarizado con nombres, lugares, y hechos que sugieren un ambiente social más fácil de definir. La comu-



..... Área del plano de Gómez Daza 1738

▲ Sitios reportados por Purpus

- 1 Cerro Cuthá
- 2 Cerro Rinconada
- 3 Cerro Metzontla
- 4 Cerro Caltepec
- 5 Cerro Coatepec



● Fig. 3. La región sur de Puebla y río Hondo. Elaborado a partir de: Cartas topográficas INEGI 1:50 000, E14B75 y E14B85.

nicación y el debate entre historiadores, lingüistas, y antropólogos, con los arqueólogos sería lo ideal. En realidad los arqueólogos casi siempre realizan su trabajo en una especie de ensimismamiento que considera a los datos de otras disciplinas como una intromisión a su labor, y a veces los emplean de manera un tanto oportunista. Además, los datos disponibles tienen contenidos e implicaciones históricas distintas que son necesarios reconocer mediante un riguroso análisis comparativo. Por ejemplo, un sitio nombrado en las crónicas en lengua náhuatl, no necesariamente tenía ese significado en lengua popoloca, y tampoco corresponde necesariamente a datos arqueológicos ya conocidos.

El artículo de Rivas es de indudable interés por intentar convocar datos históricos y etnográficos hacia temas arqueológicos. Su problema principal es un conocimiento limitado de la geografía y la arqueología de la región, problema de equilibrio que ocurre con frecuencia si se ponderan más las fuentes escritas sobre los datos de campo o viceversa.

A pesar de esto, resulta deseable recurrir a la arqueología y a la historia de manera más habitual y también de un modo más sistemático que en el caso presente. Una investigación que intenta abordar la historia antigua de una región empleando documentos escritos y datos de su arqueología, necesita implementar trabajo de archivo y trabajo de campo de manera conjunta, lo cual implica ritmos y tiempos más dilatados, así como una cuidadosa planeación de las etapas y resultados de la investigación.

## Bibliografía

- Castellón Huerta, Blas  
2000. "Cutha, Zapotitlán Salinas, Puebla. Arqueología y etnicidad en el área popoloca", tesis de doctorado en Antropología, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- 2004. "Archaeological and Historical Implications of a XVIIIth Century Map from Zapotitlan, Puebla, Mexico" (en preparación).
- Castillo, Noemí  
2002. "Cartografía de sitios mencionados en fuentes históricas del área del Valle de Tehuacan, Puebla", en *Arqueología*, núm. 27, México, INAH, pp. 63-72.
- Cravioto, José de Jesús A.  
2002. "Los nonoualca-chichimeca y el señorío de Teouacan", en *Arqueología*, núm. 27, México, INAH, pp. 73-82.
- Chadwick, Robert y Richard Stockton MacNeish  
1967. "Codex Borgia and The Venta Salada Phase", en D. Byers (ed.), *The Prehistory of the Tehuacan Valley*, vol. 1, Environment and Subsistence, Austin, University of Texas Press.
- Güemes, Lina Odena  
1996. "El Lienzo de Astata: una nueva posibilidad de interpretación", en C. Vega y S. Rueda (coords.), *Códices y Documentos sobre México. Segundo Simposio*, México, INAH (Científica, 356), pp. 305-318.
- Jäcklein, Klaus  
1974. *Un Pueblo Popoloca*, México, Instituto Nacional Indigenista, SEP.
- Johnson, Nicholas  
1994. "Las líneas rojas desvanecidas en el Lienzo de Tlapiltepec: una red de pruebas", en C. Vega (coord.), *Códices y Documentos sobre México. Primer Simposio*, México, INAH (Científica, 286), pp. 117-144.
- 1997. "The Route from the Mixteca Alta into Southern Puebla on the Lienzo of Tlapiltepec", en C. Vega y S. Rueda (coords.), *Códices y Documentos sobre México. Segundo Simposio*, México, INAH (Científica, 356), pp. 233-268.
- Kroefges, Peter C.  
1998. "El Lienzo de Tecciztlan y Tequatepec. Un documento histórico-cartográfico de la Chontalpa de Oaxaca", en M. Jansen, M. Oudijk y P. Kroefges (eds.), *The Shadow of Monte Albán: Politics and Historiography in Postclassic Oaxaca, México*, Leiden, vol. 64, Research School CNWS, pp. 45-66.
- Lama, Eréndira de la, y Louisa Reynoso  
s.f. *Los Reyes Metzontla*, México, Fonart, SEP.

- Leach, Edmund  
1978. *Cultura y Comunicación: La Lógica de la Conexión de los Símbolos*, Madrid, Siglo XXI.
  
- MacNeish, Richard S., Frederick A. Peterson y James A. Neely  
1972. "The Archaeological Reconnaissance", en R. MacNeish *et al.*, *The Prehistory of The Tehuacan Valley*, vol. V, Excavations and Reconnaissance, Austin, University of Texas Press.
  
- Nalda, Enrique  
1996. "Arqueología y etnohistoria: supuestos y posibilidades", en R. Brambila y J. Monjaráz-Ruiz (comps.), *Los arqueólogos frente a las fuentes*, México, INAH (Científica, 322), pp. 21-36.
  
- Purpus, Carl  
1926. "Ruinen, Hölen und Gräberfunde in der Östlichen Sierra de la Mixteca", en *Baessler Archive Beiträge zur Völkerkunde*, Berlin, Band X: 50-61.
  
- Rivas Castro, Francisco  
1998. "Cutha en los códices prehispánicos y lienzos coloniales", mecanoscrito.  
  
2003. "Cartografía antigua y sitios arqueológicos en la región de Reyes Metzontla, sureste de Puebla", en *Arqueología*, núm. 29, México, INAH, pp. 141-155.
  
- Rubio Mañé, Ignacio  
1993. "Certificación del Archivo General de la Nación de unos documentos relativos a los poblados de Zapotitlán y Los Reyes Metzontla, localizados en el grupo documental Archivo de Búsquedas, 1967, vol. 96, expediente 12, 84 fojas, dado en la Ciudad de México el 6 de diciembre de 1993", México, AGN.
  
- Veerman-Leichsenring, Annette  
1991. *Gramática del Popoloca de Metzontla (Con Vocabulario y Textos)*, Amsterdam, Atlanta, Rodopi.

